



Año 2, N° 20

La Página Semanal

Programa de Fortalecimiento de la Educación Cristiana



Domingo 15 de Febrero de 2004

La Lectura

Lucas 6:17-26

Celebramos hoy el sexto domingo después de Epifanía y de este modo nos vamos acercando al final de esta estación, que culminará el próximo domingo. Los textos del Evangelio nos siguen revelando quién es Jesús, su identidad humana y al mismo tiempo divina: Jesucristo Dios y hombre. Pronto, durante el tiempo de Cuaresma, estaremos mirando hacia la Cruz del Calvario y hacia la Resurrección.

El texto que hoy nos brinda San Lucas es especialmente revelador sobre la misión de Jesús, aquella que comenzó luego de su Bautismo, y en la cual estamos incluidos todos sus discípulos a partir de nuestro propio Bautismo. El domingo del Bautismo de nuestro Señor dijimos que ser bautizados en el nombre del Dios trino nos hacía partícipes de todo lo que Jesús hizo y hace por los seres humanos. Continuar con su misión nos traerá dificultades y nos hará transitar por un camino difícil (el Espíritu Santo nos guía y nos da los dones que necesitamos para ello). Pero al mismo tiempo sabemos, que al hacernos partícipes de la misión de Cristo, también disfrutaremos, al igual que Él, de la resurrección y de una Vida nueva y eterna.

Dios vino al mundo en Jesucristo para producir un cambio radical, Jesucristo vino a subvertir los valores establecidos por un mundo cruel y egoísta que, para la felicidad de unos pocos, hace padecer a la mayoría de los seres humanos. Las bienaventuranzas y los “ayes” que nos transmite San Lucas dentro del llamado “sermón del llano” (en San Mateo el paralelo se lo conoce como el “sermón del monte”) nos hablan de ese cambio que Jesús inició con su venida y que nosotros como Iglesia estamos llamados a continuar y promover constante e insistentemente. Con esto, Jesús nos llama a vivir cristianamente en el mundo, situando nuestra fe en el centro de nuestras vidas. Tal como los que seguían a Jesús eran curados, así también queremos que nos cure a nosotros de nuestros pecados y acciones. Recordemos que sólo siguiendo a Jesús, podemos ser buenas personas y vivir en comunidad, que es la voluntad de Dios. El domingo anterior vimos cómo Pedro y los demás abandonaron todo para seguir a Jesús. Esto

también vale para nuestras vidas. Como cristianos, reunidos en la comunidad de la Iglesia, debemos dedicar nuestros esfuerzos y nuestros dones, tanto materiales como espirituales, para luchar por un mundo justo en el que todos los seres humanos puedan vivir dignamente. No es un pecado vivir bien o tener ciertas comodidades, pero no debemos olvidar que todo lo que tenemos es gracias a Dios y gracias a lo que Dios ha obrado en nosotros por medio de Jesucristo. Así, estamos llamados a dedicar todo lo que Dios nos da gratuitamente a los esfuerzos para luchar por un mundo que se asemeje lo más posible al Reino de Dios. Como Iglesia no podemos simplemente reunirnos una vez por semana para la Misa y luego el resto de la semana vivir como si la Palabra de Dios no significara nada en nuestras vidas. Esa Palabra debe impulsarnos a hacer presente y anticipar el Reino de Dios. Si eso nos trae incomodidades, dificultades y problemas, recordemos el sufrimiento de Jesús y confiemos en la Resurrección. Y al mismo tiempo también recordemos las palabras de advertencia de Jesús en los últimos versículos. Escuchemos el llamado de Jesús, respondamos a Él con alegría, hagamos presente el Reino de Dios y seamos felices haciéndolo.

La Actividad

¿Cómo podemos acordarnos?

Objetivo

Encontrar juntos las maneras de tener a Cristo presente en nuestras vidas durante toda la semana.

Materiales

Cartulinas o papeles de colores, tijeras, marcadores, lápices de colores, retazos de tela, lanas, hilos, cartones, etc.

Acción

Se les invita a los chicos a juntarse en parejas y/o pequeños grupos (dependiendo de la cantidad de asistentes), y que piensen en conjunto cómo hacen para recordar las cosas que tienen que hacer durante la semana, por ejemplo, anotar en una agenda, un hilo en el dedo, entre otros. Se trata que juntos puedan idear un sistema para que les permita tener a Cristo siempre presente, todos los días, y no sólo cuando creemos necesitarlo. Una vez que todos hayan preparado su “estrategia”, se las presentan todas al grupo, así pueden combinar o utilizar también la idea de sus compañeros.

Iglesia Evangélica Luterana Unida

Marcos Sastre 2891 – C1417FYE Buenos Aires

Tel: 4501-3925

Fax: 4504-7358

catequesis@ielu.org

Tenemos presente que...

La Misa: ¿qué significa todo eso que hacemos los domingos? [continuación]

Luego de presentar las ofrendas a Dios, comienza la celebración de la Eucaristía que se compone de varias partes como veremos a continuación.

El Prefacio

El Diálogo de Apertura

En la Misa, el diálogo que lleva hacia la acción de gracias y la Santa Comunión muestra que Dios y nosotros tenemos ya una relación cercana. A pesar de que el saludo de apertura (“El Señor sea con ustedes”, discutido antes) y la respuesta (“Y con tu espíritu”) parece un saludo humano entre el pastor y la gente, algo más está sucediendo acá. Es más que un saludo humano. El diálogo es en presencia de Dios. El pastor y la gente se reunieron en el nombre de Cristo. Estas palabras no son para compartir información sino para enfocarse en la relación que tenemos con Cristo.

Las frases siguientes: “Levantemos los corazones” y su respuesta “Los levantamos hacia el Señor” mantienen nuestra atención en Dios. Cada pensamiento está puesto ahora en el que planeó nuestra salvación y que envió a Jesús para darle cumplimiento. Como fuimos levantados con Cristo, Pablo nos urge a que pongamos nuestras mentes en las cosas celestiales, no en las cosas de la tierra (Col 3:2).

Luego el diálogo gira para dar gracias a Dios: “Demos gracias al Señor nuestro Dios”. Con la respuesta: “Es justo darle gracias y alabanza”, expresamos nuestro consentimiento para la oración que se va a pronunciar a continuación.

Como pequeños pasos, el diálogo nos mueve de la parte del servicio que se centra en la Palabra de Dios hacia la otra centrada en la comida instituida por Cristo. El próximo paso lógico es pronunciar nuestra acción de gracias por ese gran don.

El Prefacio del Día

El Prefacio para Pascua y los domingos después de Pascua ilustra cómo se expresa esta acción de gracias. Como siempre, por supuesto, nos centramos en Jesucristo y

lo que Él logró con su muerte y su Resurrección.

En verdad es digno, justo y saludable que en todo tiempo y en todo lugar te demos gracias y alabanza, o Señor, Padre santo, todopoderoso y eterno Dios. Pero aún más, debemos alabarte por la gloriosa resurrección de nuestro Señor; porque él es el verdadero Cordero Pascual que se entregó para quitar nuestro pecado, que muriendo, destruyó la muerte, y resucitando, nos ha traído a la vida eterna. Así pues, con María Magdalena y Pedro, y con todos los testigos de la resurrección, con la tierra y el mar y todas sus criaturas, y con los ángeles y arcángeles, querubines y serafines, y con toda la corte celestial, alabamos tu nombre y nos unimos a su himno eterno:

¡Debe decirse “Gracias”! ¿Qué otra razón mejor para dar gracias que la resurrección de Jesús? Este Cordero de Dios tomó nuestro pecado sobre sí y fue muerto en la cruz. Él es el Cordero Pascual, el sacrificio único por todos los pecados. Jesús venció el poder de la muerte. Abrió las puertas de la vida eterna para aquellos que creen en Él y arrepintiéndose de sus pecados son bautizados en el nombre del Dios trino. Por esto nos unimos al coro celestial de ángeles para alabar a Dios cantando “Santo, santo, santo”.

La oración de acción de gracias que ofrecemos en el Prefacio varía de acuerdo al año litúrgico. En Adviento, la Iglesia ofrece gracias por el llamado de Dios al arrepentimiento y por el futuro retorno de Jesús cuando venga de nuevo en gloria plena. En la estación de Navidad, el Prefacio da gracias por el “misterio de la Palabra hecha carne”. En Pentecostés, damos gracias porque el Señor derramó el Espíritu Santo sobre sus discípulos. Cualquiera sea la estación, siempre damos gracias por el gran acto que Dios ha hecho en el mundo a través de Jesús, el Mesías. En todos los casos, el final de la oración de acción de gracias nos lleva a unimos al coro celestial.

[Continuaremos con las demás partes de la Misa en los próximos números]

